

LA VANGUARDIA

DE LOS ORIGINALES, RESPONDEN
SUS AUTORES

REDACCIÓN É IMPRENTA
Reina Regente n.º 17.

Suscripción 050 ptas. al mes
Anuncios, precios convencionales.

EN PLENA FERIA

Con los alegres y vocingleros sonos de la Pita y los fuegos artificiales del castillo quemado, anoche, han tenido comienzo los festejos de nuestra feria, modestos, modestísimos de suyo, arcaicos y rutinarios; pero que tienen, quizás por eso mismo, para todo ciezano, el encanto de hacer despertar en su ánimo el recuerdo de los años felices de la infancia, las emociones dulcísimas de la edad juvenil, poetizada con las memorias de viejos idilios amorosos, de antiguas afecciones y amistades, de todo ese cúmulo de caras añoranzas cuya memoria reverdece en nuestro corazón con mayor aliciente y más grata recordación, a manera que los años nos van alejando más y más de ellas.

Esos castillos vistosos y detonantes que hoy hacen el encanto de nuestros hijos, son los mismos que hicieron nuestras delicias infantiles, llevados de la mano de nuestros padres; esas vetustas paradas repletas de juguetes y baratéjas, son las mismas en que nos compraron nuestro primer caballo de cartón, la trompeta y el tambor con que aturdíamos, por unos cuantos días, al vecindario, gozando nosotros lo increíble; ahí están aquellos mismos puestos de cascaruja y de turrón pringoso y mosqueado, que saboreábamos con deléite, consumiendo, perra a perra, nuestro caudal de unos cuantos reales; ahí están los caballitos, los columpios, los polichinelas que constituyeron la atracción irresistible de nuestra infancia. ¡To-

do está igual; sólo nosotros hemos variado! Aquellas garridas zagalas, aquellas niñas angelicales de antaño, que circulaban incansables por el paseo, embelleciéndolo con su hermosura y arrastrando tras sí nuestras miradas, nuestra admiración y nuestros corazones, son las gruesas y entrecanas mamás del presente, cuyas hijas mariposean gráciles y atrayentes, cortejadas y escoltadas por otra generación de pollos imberbes, descendientes de los pollos de nuestra época. El mundo es una renovación constante y al mismo tiempo, aunque parezca paradójico, una constante repetición. De aquí que los hechos del presente, despierten y hagan revivir en nuestra alma los hechos pretéritos, y con ellos, goces, ilusiones y dichas pasadas.

¡La feria! ¿Qué es la feria, al fin y al cabo? Nada. Un poco de luz y de ruido, de animación y de aturdimiento. Ocho días de música, de expansión de paseo, de espectáculos y de holganza, que pasan rápidos y deslumbradores, dejándonos los ojos llenos, el cuerpo rendido y la bolsa vacía. Ocho días de teatro, de toros, de veladas musicales, de comidas suculentas, de libaciones extraordinarias y de lucir trajes, alhajas y galas.

Para los privilegiados de la fortuna; para los que a toda hora y en todo tiempo pueden procurarse esos goces y recreaciones, la feria es bien poca cosa; pero para los desheredados, para los humildes, para el buen

pueblo que pasa la vida sujeta al duro yugo del trabajo, la feria es algo, es mucho, es un grato paréntesis en su afanar cotidiano, en su labor constante, en su penosa faena. Son unos cuantos días de libertad, de expansión, de alimentación extraordinaria, de disfrute de goces de que está privado la mayor parte del año.

Mucho van cambiando los tiempos, y ya hoy el obrero en general, que cobra por su trabajo una subida remuneración, puede permitirse y se permite a diario el disfrute de goces que antes no podía; pero aún hay muchos, muchísimos trabajadores, sobre todo en la clase agricultora, en los moradores de esos campos que hacen fecundos y productivos con su sudor y con su sangre; aún hay muchísimos que sólo en la feria se permiten el lujo de ir una noche a *la comedia*, de beberse algunos vasos de horchata; y con ésto, ver el castillo, dar unas vueltas por el Paseo, oyendo la música y admirando las luces de los focos eléctricos, comerse un par de sandías y llevarse un pañuelo de cascaruja, se vuelven a su campo *la mar* de contentos y divertidos y... ¡hasta otro año, si Dios quiere!

Para estas buenas gentes, la feria tiene un poderoso atractivo cuyo grato dulzor saborean en familia, desde un "San Bartolomé" al otro.

¿Y qué diremos de la tropa infantil que se pasa soñando tres o cuatro meses con el juguete predilecto que le tienen ofrecido los padres o los abuelos? Para estos la feria es el colmo de la felicidad.

Y para la linda pollita que

espera lucir sus vaporosos y vistosos trajes y atraer con sus encantos, al galán que fantaséa en sus sueños de virgen.

Y los novios de uno y otro sexo, a quienes las verbenas y espectáculos dan ocasión propicia para sus amorosas intimidades; y a ellas, para lucir sus preciosas *toilettes* y a ellos para mostrarse espléndidos y obsequiosos.

Y los padres que gozan al ver a sus hijos felices con el juguete anhelado, los pequeños, y con el regalo apetecido, los grandes; y las niñas casaderas que esperan novio; y los pollos que van a caza de su media naranja; y los viejos verdes que se prometen en el bullicio de la fiesta, darse, cuando menos, una buena ración de vista; y los comerciantes e industriales que esperan una buena ganancia; y los viejos y los jóvenes, todos, en fin, toman su participación en esta fiesta lejendaria, llamada—según dicen— a desaparecer porque no obedece, como en otros tiempos, a necesidades comerciales; pero que debe subsistir y perpetuarse, modificándola a tenor de los tiempos, y dándole nuevos alicientes y atractivos, como un festejo típico, popular y religioso, consagrado por la costumbre, arraigado por la devoción y poetizado por el recuerdo.

¡Viva la feria de S. Bartolomé.

El salto de los Almadenes

II

En la condición y límite de un artículo periodístico, mal se puede a mi entender ocuparse repetidamente de un mismo asunto; y tal vez, seale permitida tanta libertad, al que por la galanura de forma y correcto estilo, tiene un bien conquis-